LIBRO XIV

Mentor obliga á Idomeneo á que mande á llevar Protésilas y Timócrates á la isla de Samos, y llamar á Filocles volviéndole en privanza. Hegesipo, encargado de esta órden, la cumple con alegrías llegi con los dos á Samos, en donde vuelve á ver á su amigos, que pobre y solitario pasa la vida contento. Cuéstale mucho consentir en regresar al seno de los suyos; pero, conociendo que así le quieren los dioses, se embarca con Hegesipo, y llega á Salento, en donde Idomeneo, que ya no es el que ántes era, le recibe con amistad.

Sentadas esas razones, persuadió Mentor á Idomeneo de que era menester echar fuera cuanto ántes á Protésilas y Timócrates, y llamar á Filocles. El único inconveniente que detenia al rey, era el temor de la severidad de este. Confieso, decia, que, sin poderlo remediar, casi temo su regreso, aunque le amo y le aprecio. Yo estoy acostumbrado desde mi temprana juventud á encomios, obsequios y condescendencias que me es imposible esperar de ese hombre. En cuanto hacia yo algo que él no aprobaba, su semblante triste me daba á entender sobradamente que me condenaba. Cuando estaba conmigo, sus modales eran compuestos y mesurados, pero secos.

¿No veis, le replicó Mentor, que los príncipes hechiados con la lisonja toman por seco y austero lo que es libre y sincero? Hasta se imaginan á veces que no se les sirve con celo, y que no se lleva con gusto su autoridad, porque no se tiene un corazon servil, y no se les adula cuando abusan ciegamente de su poder. Cualquiera palabra llana y generosa les parece soberbia, mordaz y sediciosa. Se hacen tan delicados, que todo lo que no es adulacion les lastima y enoja. Pero vamos adelante. Yo supongo que Filocles es efectivamente seco y austero, ¿no vale mas su austeridad que la perni-

ciosa adulacion de vuestros consejeros? ¿En dónde hallaréis un hombre sin defectos? Y el de deciros la verdad ¿no es el que ménos debeis temer? ¿Qué digo? ¿no es un defecto necesario para corregir los vuestros, y para vencer esa repugnancia á la verdad, en que os ha sumido la adulacion? Necesitais de un hombre que no ame sino la verdad, que os ame á vos mas que no os amais vos mismo, que os la diga á pesar vuestro, que fuerce todas vuestras trincheras, y ese hombre es Filocles. Tened presente que es muy afortunado el príncipe, bajo cuyo reinado nace un solo hombre dotado de esa generosidad, que es el mas rico tesoro del estado; y que el mayor castigo que debe temer de los dioses, es el perder á ese hombre, si de él se hace indigno por no saber emplearle.

En cuanto á las imperfecciones de los hombres de bien, es menester saber conocerlas, sin dejar de servirse de ellos. Enmendadlos: no os entregueis jamas ciegamente á su celo indiscreto; pero escuchadlos propicio, honrad su virtud, mostrad á las gentes que sabeis estimarla, y sobre todo, guardaos bien de ser mas tiempo lo que hasta aquí habeis sido. Los príncipes engreidos, como lo estabais vos, satisfechos con menospreciar á los perversos, no dejan de emplearlos con toda confianza, y de colmarlos de beneficios: por otra parte, se precian de conocer tambien á los hombres virtuosos, pero no hacen mas que alabarlos estérilmente, no atreviéndose á confiarles puesto alguno, ni á recibirlos en su trato familiar, ni á derramar sus dones sobre ellos.

Díjole entónces Idomeneo que se avergonzaba de haber tardado tanto en rescatar la inocencia oprimida, y en castigar á los que le habian engañado. Sin la mas leve dificultad decidió Mentor al rey á deshacerse de su valido: porque en cuanto se logra que los privados sean sospechosos é importunos á sus soberanos, los príncipes, cansados y sin saber que hacer, no desean mas que desprenderse de ellos: la amistad se desvanece, los servicios se olvidan: la caida de los favoritos no les hace mella, con tal que no los vuelvan á ver.

Al instante mandó el rey secretamente á Hegesipo, que era uno de los primeros oficiales de su casa, prender á Protésilas y Timócrates, llevarlos con buena custodia á la

la de Samos[1], dejarlos allí, y traer á Filocles de aquel lugar de destierro. Sorprendido con semejantes órdenes, no pudo Hegesipo contener el llanto de alegría. Ahora sí que vais á contentar á vuestros súbditos, dijo al rey. Esos dos hombres han causado todas vuestras desgracias y las de vuestros pueblos: veinte años ha que hacen gemir á todos los hombres de bien, si alguien se atreve ni siquiera á gemir bajo tan cruel tiranía: su opresion abruma á cuantos intentan llegar á vos por otro conducto que el suyo.

Prosiguió Hegesipo descubriendo al rey muchas de las alevosías y atrocidades cometidas por aquellos hombres, de las cuales jamas habia oido hablar, porque nadie se habia atrevido á acusarlos. Contóle tambien lo que habia averiguado de cierta trama secreta para asesinar á Mentor. El rey se horrorizó de lo que escuchaba.

Hegesipo fué en seguida á prender á Protésilas, que estaba en su casa. Era esta ménos espaciosa, pero mas cómoda y alegre que la del rey, y de una arquitectura de mejor gusto: Protésilas la habia alhajado á costa de la sangre de los infelices. Hallábase á la sazon en una sala de mármol, tendido perezosamente junto al baño en un lecho de púrpura recamado de oro: parecia rendido y acabado por sus trabajos: notábase en sus ojos y en sus cejas como un velo misterioso de agitacion, de zozobra, de ferocidad. Los primeros grandes del estado estaban haciéndole cerco sentados en alfombras, acomodando su semblante al de Protésilas, á quien observaban hasta en el movimiento de los párpados. Apénas entreabria la boca, cuando todo el mundo se preparaba á maravillarse de lo que iba á decir. Uno de los principales de la banda le referia á él mismo con ponderaciones ridículas lo que habia hecho por el rey. Otro le afirmaba que Júpiter, engañando á su madre, le habia dado el ser, y que era hijo del padre de los dioses. Un poeta le venia á cantar versos, en que decia que Protésilas, adoctrinado por las musas, habia igualado á Apolo en todas las obras del ingenio. Otro versificador mas vil y descarado le llamaba en los suyos inventor de las bellas artes y

[1] Isla del Archipiélago cerca de la costa de la Natolia, como á dos leguas de Efeso. En Samos se inventó la alfarería ó fabricacion de las vasijas de barro.

padre de los pueblos que colmaba de felicidad, y le pintaba con el cuerno de la abundancia en la mano.

Protésilas escuchaba todas esas alabanzas con aire seco, distraido y desdeñoso, como quien está persuadido de merecerlas mayores, y harto favor dispensa con dejarse alabar. Hubo un adulador que se tomó la libertad de hablarle al oido para decirle alguna gracia contra la policía que Mentor trataba de establecer. Sonrióse Protésilas: al punto soltó la carcajada toda la reunion, aunque los mas no podian saber aun lo que se habia dicho. Pero Protésilas volvió á poner su gesto severo y dominante, y cada cual se encerró en el temor y el silencio. Muchos nobles acechaban el momento en que se podria inclinar hácia ellos y escucharlos: parecian cortados y remisos, porque iban á pedirle gracias: sus posturas suplicantes hablaban por ellos: su humildad los asemejaba á una madre cuando, postrada al pié de los altares, pide á los dioses la salud de su hijo único. Todos se mostraban contentos, enternecidos, llenos de admiracion de Protésilas, aunque todos alimentaban en el corazon una implacable rabia contra él.

En este momento entra Hegesipo, coge la espada de Protésilas, y le comunica de parte del rey, que va á conducirle á Samos. Al oir tales palabras, toda la arrogancia del valido cae como la roca que se desgaja de la cima de una montaña escarpada. Hélo trémulo y despavorido á los pies de Hegesipo: llora, vacila, tartamudea, tiembla, abraza las rodillas de ese hombre, á quien una hora ántes no se dignaba honrar con una mirada. Todos los que ántes le incensaban, al verle perdido para siempre, mudaron sus lisonjas en desapiadadas injurias.

Hegesipo no quiso darle tiempo ni para despedirse de su familia, ni para tomar ciertos escritos reservados. Todo fué confiscado y llevado al rey. Timócrates sufria igual suerte al mismo tiempo, siendo su sorpresa estremada, porque creia que su enemistad con Protésilas le libraria de verse envuelto en su ruina. Parten ambos en una nave que habia aparejado: llegan á Samos. Hegesipo deja á aquellos miserables, y para colmo de su desgracia, los deja juntos. Allí se echan en cara uno á otro con furor los crímenes que han

cometido y que les han acarreado su caida: se ven sin esperanza de volver jamas á Salento, y condenados á vivir léjos de sus mujeres y de sus hijos; no diré de sus amigos, porque no los tenian. Los que habian pasado tantos años en el fausto y los deleites, quedaban en una tierra desconocida, sin mas recurso para vivir que su propio trabajo. Semejantes á dos fieras rabiosas, siempre estaban dispuestos á despedazarse uno á otro.

Entre tanto Hegesipo inquirió en que parte de la isla moraba Filocles. Dijéronle que vivia bastante léjos de la poblacion, hácia la cumbre de una montaña, en donde una gruta le servia de casa. Todo el mundo le habló del estranjero con admiracion. Desde su llegada á la isla, le decian, á nadie ha faltado: no hay quien no se le haya aficionado por su paciencia, laboriosidad y sosiego: aunque nada tiene, siempre parece contento. Léjos como está aquí de los negocios, sin bienes y sin autoridad, no por eso deja de favorecer á los que lo merecen, y tiene mil recursos para complacer á sus vecinos.

Hegesipo se encaminó hácia la gruta, que encuentra sola y abierta, porque la pobreza y la sencillez de las costumbres de Filocles le evitaban la necesidad de cerrar la puerta, cuando salia. Una estera de junco grosera le servia de cama. Rara vez encendia lumbre, porque no comia cosa alguna cocida: durante el verano se alimentaba con frutas recien cogidas, y en el invierno con dátiles é higos secos. Una fuente clara, que formaba cascada al despeñarse de la roca, le bastaba para aplacar su sed. No tenia en la gruta mas que los instrumentos necesarios para la escultura, y algunos libros en que solia leer á ciertas horas, no para engalanar el ingenio ni satisfacer la curiosidad, sino para instruirse, miéntras descansaba de sus tareas, y aprender á ser bueno. En cuanto á la escultura, solo se aplicaba á ella por ejercitar las fuerzas corporales, huir la ociosidad, y ganar la vida con una absoluta independencia.

Al entrar en la gruta, se detuvo con admiracion Hegesipo en las obras que tenia empezadas. Reparó en un Júpiter, cuyo rostro sereno reflejaba tanta majestad, que en él se reconocia fácilmente al padre de los dioses y los hombres. En otra parte se veia á Marte con cierta altivez áspera

y amenazante. Pero lo que mas interesaba, era una Minerva animando á las artes: tenia el semblante noble y dulce, la estatura elevada y esvelta; estaba en actitud tan viva, que parecia que iba á andar.

Hegesipo, habiéndose deleitado en contemplar aquellas estatuas, salió de la gruta, y divisó á lo léjos á Filocles que á la sombra de un árbol corpulento leia recostado en el césped: vase hácia él, y Filocles, que le ve, no sabe que pensar. ¿No es aquel Hegesipo con quien yo he vivido tanto tiempo en Creta? se dijo á sí mismo. Pero ¿á qué ni cómo habia de venir á una isla tan lejana? ¿No será su sombra que viene despues de muerto de las orillas de la Estigia?

En estas dudas, se acercó Hegesipo tanto, que no pudo ménos de asegurarse de que era él y abrazarle. ¿Sois vos de veras, le dijo, mi querido y antiguo amigo? ¿Qué acaso, qué tempestad os ha arrojado á estas playas? ¿Porqué habeis abandonado á Creta? ¿Os arranca de nuestra patria alguna desgracia como la mia?

Hegesipo le respondió: No me trae la desgracia, tráeme al contrario el favor de los dioses. Refiriéle en seguida la larga tiranía de Protésilas, sus confabulaciones con Timócrates, las calamidades en que habia precipitado á Idomeneo, la caida de este príncipe, su fuga á las costas de Hesperia, la fundacion de Salento, la llegada de Mentor y Telémaco, las sabias máximas en que Mentor habia imbuido el ánimo del rey, y la desgracia de los dos traidores, añadiendo que los habia llevado á Samos para que allí padecieran el destierro que habian hecho ellos padecer á Filocles; y acabó comunicándole la órden que tenia de conducirle á Salento, en donde el rey, convencido de su inocencia, queria confiarle el gobierno y colmarle de beneficios.

¿Veis, le respondió Filocles, esa gruta mas propia á dar guarida á fieras que á ser habitacion de hombres? ahí he disfrutado hace tantos años mas placeres y mas tranquilidad que en los dorados palacios de Creta. Ya no me engañan los hombres, porque no los trato, no oigo sus palabras lisonjeras y venenosas: ya no los necesito; mis manos endurecidas en el trabajo me procuran fácilmente el simple sustento que me es necesario: me basta, como veis, para cubrirme esta ligera tela. No tengo deseos, gozando de

esta profunda calma, y de una dulce libertad, de que la sabiduría de mis libros me enseña á hacer buen uso, ¿qué iria yo á buscar entre los hombres envidiosos, falaces é inconstantes? No, no, mi querido Hegesipo, no mires con malos ojos mi felicidad. Protésilas se ha hecho traicion á sí mismo, queriendo hacérsela al rey, y perderme. Pero me ha proporcionado el mayor de los bienes, léjos de ocasionarme mal alguno, pues me ha libertado del tumulto y esclavitud de los negocios: le soy deudor de mi amada soledad y de todas las delicias inocentes que gozo en ella.

Volved, Hegesipo, volved con el rey: ayudadle á soportar las miserias de su grandeza, y haced á su lado lo que quisierais que hiciese yo. Supuesto que ese sabio que llamais Mentor, le ha abierto al fin los ojos tanto tiempo cerrados á la verdad, que le conserve junto á sí. A mí despues de mi naufragio, no me conviene dejar el puerto adonde por fortuna me arrojó la tempestad, para volver á confiarme á la merced de las olas. ¡O cuán de compadecer son los reyes! ¡Cuán dignos son de lástima los que les sirven! Si son malos ¡cuánto no hacen sufrir á los hombres! ¡y qué tormentos les estan preparados en el tenebroso Tartaro! Si son buenos ¡qué de dificultades tienen que vencer! ¡qué de lazos que evitar! ¡qué de males que sufrir! Os lo ruego otra vez, Hegesipo, dejadme en mi feliz pobreza.

Miéntras Filocles hablaba así con grande vehemencia, Hegesipo le contemplaba atónito. Le habia visto en Creta, durante el tiempo que tuvo á su cargo los mas graves negocios, flaco, abatido, estenuado; y era que su índole austera le consumia en el trabajo, porque no podia ver sin indignacion la impunidad del vicio: queria en el despacho una exactitud que jamas se encuentra: así los puestos que desempeñaba, acababan con su delicada salud. Pero en Samos le hallaba Hegesipo grueso y robusto: á pesar de los años, habia vuelto á su rostro la florida juventud: una vida sobria, tranquila y laboriosa le habia formado casi otro temperamento.

Os sorprende el encontrarme tan mudado, le dijo entónces Filocles sonriéndose; pues mi soledad es lo que me ha procurado esta lozanía, esta salud completa: mis enemigos me han dado lo que en la mayor fortuna me hubiera sido

imposible adquirir. ¿Quereis que pierda bienes tan verdaderos por seguir otros mentidos, y para volver á sumirme en mis antiguas miserias? No seais mas cruel que Protésilas: á lo ménos, que no os duela de la felicidad que él me ha dado.

Entónces le representó Hegesipo, aunque en vano, cuanto creyó capaz de conmoverle. ¿Sois, le decia, insensible al placer de volver á ver á vuestros parientes y amigos, que suspiran por vuestro regreso, llenándolos de alegria la sola esperanza de abrazaros? Y vos, que temeis á los dioses y que amais vuestras obligaciones, ¿teneis en nada el servicio de vuestro rey, el ayudarle á realizar el bien que desea hacer, colmando de felicidad á tantos pueblos? ¿Es lícito encerrarse en una filosofía salvaje, preferirse á todo el género humano, y sacrificar al propio descanso el bienestar de sus conciudadanos? Ademas, se atribuirá á resentimiento el que no querais ver al rey. Si ha contribuido á haceros mal, es porque no os conocia: no quiso él que pereciera el verdadero, el bueno, el justo Filocles; pensó castigar á otro hombre diferente. Pero ahora que os conoce y que no os toma por otro, siente renacer en su corazon todo su antiguo afecto: os aguarda: ya os tiende los brazos: cuenta los dias en su impaciencia, las horas. ¿Tendréis corazon para permanecer inexorable con vuestro rey, y con vuestros mas cariñosos amigos?

Filocles, que á la vista de Hegesipo se habia enternecido, recobró su semblante austero al escuchar aquel razonamiento. Permanecia inmóbil semejante á una roca, contra la cual combaten los vientos en vano, y adonde las olas van á estrellarse gimiendo: ni los ruegos ni las razones hallaban entrada en su corazon. Ya estaba Hegesipo á punto de renunciar á la esperanza de vencerle, cuando Filocles, consultando á los dioses, descubrió por el vuelo de las aves, las entrañas de las víctimas y otros varios agüeros que debia seguir á Hegesipo.

No resistió mas, y se dispuso á partir, pero no sin pesadumbre de alejarse del desierto en que habia pasado tantos años. ¡Ay! exclamaba; te he de dejar, amada gruta, en donde todas las noches venia el sueño apacible trayéndome el descanso de los trabajos del dia! Aquí, en medio de

mi pobreza, me hilaban las parcas[1] dias de oro y seda. Prosternóse llorando y adoró á la náyade que tanto tiempo habia apagado su sed con aquella clara corriente, y á las ninfas que habitaban en todas las montañas del contorno. Eco oyó los tristes acentos, y con voz lastimera los repitió á todas las divinidades campestres.

Filocles bajó á la ciudad con Hegesipo para embarcarse. Creyó que el desgraciado Protésilas, lleno de vergüenza y resentimiento, no queria verle: pero se engañaba; porque los perversos no tienen pudor alguno, y estan dispuestos siempre á toda especie de bajeza. Filocles se ocultaba modestamente porque no le viera aquel miserable, temiendo aumentar su infortunio con el aspecto de la prosperidad de un enemigo que iba á elevarse sobre sus ruinas. Pero Protésilas buscaba con empeño á Filocles: queria inspirarle conmiseracion, y alcanzar de él que pidiera al rey su vuelta á Salento. Filocles era demasiado sincero para prometerle que haria por conseguirlo, porque sabia mejor que nadie cuan pernicioso habia de ser semejante regreso; pero le habló con afabilidad, le mostró compasion, procuró consolarle, y le exhortó á que aplacara á los dioses con costumbres puras y grande resignacion en los trabajos. Como habia sabido que el rey habia desposeido á Protésilas de todos sus bienes malamente adquiridos, le prometió dos cosas, que despues le cumplió fielmente: una, cuidar de su mujer y de sus hijos que habian quedado en Salento en la mas espantosa indigencia y espuestos á la indignacion popular; otra, enviarle algunos auxilios, para socorrer su miseria en aquella isla apartada.

En esto se echan las velas con viento favorable. Hegesipo impaciente procura acelerar la partida de Filocles. Protésilas los ve embarcarse: sus ojos se clavan inmóbiles en la orilla del mar; siguen el bajel que corta las olas y que

[1] Los poetas fingen que hay tres parcas, Cloto, Láquesis y Atropos, hijas del Erebo y la Noche, las cuales presiden al destino y á la muerte. Cloto prepara la rueca, Láquesis hila, y Atropos corta el hilo: es decir, que la primera preside al nacimiento, la segunda á la duracion de la vida, y la tercera á la muerte.

el viento aleja. Aun cuando no alcanza á verle, se le retrata en la mente. Al cabo turbado, furioso, arrastrado por la desesperacion, se arranca los cabellos, se revuelca en la arena, reconviene á los dioses de su rigor, llama en vano á su socorro la muerte cruel, que, sorda á sus ruegos, no se digna libertarle de tantos males, cuando él mismo no se atreve á dársela.

La nave, favorecida por Neptuno y los vientos, no tardó en llegar á Salento. Fueron á avisar al rey que ya entraba en el puerto: al punto corrió con Mentor al encuentro de Filocles: abrazóle tiernamente, y le manifestó gran pesar de haberle perseguido con tanta injusticia. Esta confesion, léjos de parecer flaqueza en un rey, se consideró por todos los Salentinos como un esfuerzo de magnanimidad de quien se eleva sobre sus propias faltas, confesándolas con valor para repararlas. Todos lloraban de alegría de volver á ver á aquel hombre honrado que siempre habia sido amante del pueblo, y de oir al rey hablar con tanta sabiduría y bondad.

Filocles recibia los halagos del rey con aire respetuoso y modesto, y deseaba con impaciencia sustraerse á las aclamaciones del pueblo; pero tuvo que seguir al rey al palacio. Mentor y él no tardaron en inspirarse la misma confianza que si hubieran vivido juntos toda la vida, aunque jamas se habian visto: eso consiste en que los dioses, que han negado á los malvados ojos para conocer á los buenos, se los han dado á los buenos para que unos á otros se conozcan. Los que son aficionados á la virtud, no pueden juntarse sin quedar unidos por la misma virtud que aman.

Pronto pidió Filocles al rey que le permitiese retirarse á un desierto cerca de Salento, en donde siguió viviendo pobremente como habia vivido en Samos. Ibale á ver el rey con Mentor los mas de los dias á su soledad. Allí se examinaban los medios de consolidar las leyes, y dar una forma estable al gobierno por medio de la felicidad del pueblo.

Las dos cosas principales que se examinaron, fueron la educacion de los niños, y la manera de vivir en tiempo de paz.

Mentor decia que los niños pertenecian ménos á sus padres que á la república: porque son hijos del pueblo, y constituyen su esperanza y su fuerza: cuando se han pervertido, ya no es tiempo de corregirlos. No basta escluirlos

de empleos, en viendo que se hacen indignos de ellos; mejor es prevenir el mal que tener que castigarlo. El rey, añadia, que es padre de todo su pueblo, lo es mas particularmente de la juventud, que es la flor de la nacion. En la flor se ha de preparar el fruto: que no se desdeñe pues el rey de velar y de procurar que velen sobre la crianza que se da á los niños: que cuide con esmero de hacer guardar las leyes de Minos, que mandan educar á los niños en el desprecio del dolor y de la muerte. Que pongan la honra en huir de los placeres y las riquezas: que la injusticia, la mentira, la ingratitud y la molicie se tengan por vicios infames. Que se les enseñe desde la tierna infamia á cantar las alabanzas de los héroes que han sido amados de los dioses, que han acabado hazañas generosas por su patria, y que han mostrado su valor en los combates: que el encanto de la música se apodere de sus almas para endulzar y purificar sus costumbres. Que aprendan á ser afectuosos con sus amigos, fieles con sus aliados, justos con todos los hombres, hasta con sus mas crueles enemigos: que teman ménos la muerte y los tormentos que el mas leve remordimiento de su conciencia. Si se inculcan temprano esas grandes máximas en el corazon de los niños, facilitándoles la entrada en él por medio de la dulzura del canto, pocos habrá que no se inflamen con el amor de la gloria y la virtud.

Mentor añadia que era esencial establecer escuelas públicas para acostumbrar la juventud á los ejercicios mas rudos del cuerpo, y para evitar la molicie y la holganza, que corrompen las mejores índoles: queria una variedad grande de juegos y espectáculos que animaran á todo el pueblo, y que ejercitaran principalmente los cuerpos, á fin de hacerlos diestros, flexibles y vigorosos: ademas proponia premios para escitar una noble emulacion. Sin embargo, lo que mas apetecia para las buenas costumbres era que los jóvenes se casaran temprano, y que los padres, sin mira alguna de interes, les dejaran elegir mujeres de formas é ingenio capaces de ganarles el corazon con sus gracias.

Pero, miéntras se preparaban así los medios de mantener la juventud pura, inocente, laboriosa, dócil y amante de la gloria, Filocles, que era aficionado a la guerra, decia á

Mentor: En vano tendréis la juventud ocupada con todos esos ejercicios, si la dejais consumirse en una paz continua, en que ninguna idea podrá adquirir de la guerra, ni hallar ocasion de probar su valor. De ese modo enflaqueceréis insensiblemente la nacion, los ánimos se afeminarán, las delicias estragarán los costumbres. Otros pueblos belicosos la vencerán sin dificultad, y por haber querido evitar los males que la guerra arrastra en pos de sí, caerá en una espantosa esclavidad.

Mentor le respondió: Los males de la guerra son mas horribles de lo que pensais. La guerra aniquila el estado, y la pone siempre en peligro de perecer, aun cuando logre señaladas victorias. Sean cualesquiera las ventajas con que se comienza, nunca se puede tener seguridad de concluirla sin esponerse á los mas trágicos trastornos de la fortuna. Sea cualquiera la superioridad de la fuerza con que se empeña un combate, el error mas leve, un terror pánico, una nada, os arrebata el triunfo que teniais ya en vuestras manos, y se le da al enemigo. Aun cuando se tuviera como encadenada la victoria en el propio campo, destruyendo al enemigo se destruye uno á sí mismo: se despuebla el pais: se dejan las tierras casi incultas: se olvida el comercio: y lo que es peor, se relajan las mejores leyes, y se pervierten las costumbres: la juventud no se entrega sino á vicios: la necesidad imperiosa obliga á consentir una licencia funesta en las tropas: la justicia, la policía, todo se resiente de tamaño desórden. Un rey que derrama la sangre de tantos hombres, y que acarrea tantas desgracias por adquirir un poco de gloria ó ensanchar los límites de su reino, es indigno de la fama que busca, y merece perder lo que posee por haber querido usurpar lo que no le pertenece.

Pero hé aquí cómo se ejercitará el valor de una nacion en tiempo de paz. Ya habeis visto los ejercicios corporales que establecemos, los premios que escitarán la emulacion, las máximas de gloria y virtud con que se nutrirán casi desde la cuna las almas de los niños, cantando las hazañas de los héroes: añadid á esos medios el de una vida sobria y laboriosa. Pero todavía no basta: luego que un pueblo aliado de vuestra nacion tenga una guerra, será menester enviarle la flor de vuestra juventud, sobre todo los que se

noten con disposicion para las armas, y que parezcan mas capaces de aprovechar la esperiencia. Así conservaréis entre vuestros aliados una reputacion elevada, solicitarán vuestra alianza, temerán perderla, y sin tener la guerra en vuestra casa ni á vuestra costa, podréis contar siempre con una juventud aguerrida é intrépida. Aunque esteis en paz, nunca dejaréis de honrar mucho á los que se distingan por su capacidad militar; porque el mejor modo de alejar la guerra y de mantener una larga paz es favorecer la profesion de las armas, distinguiendo á los que sobresalen en ella; tener quienes la hayan ejercitado en los paises estranjeros, y conozcan las fuerzas, la disciplina militar y las maneras de guerrear de los pueblos vecinos; no ser capaz de acometer por ambicion ni de ceder por flojedad. Cuando así se está siempre pronto á hacer la guerra, se consigue el que casi jamas haya que hacerla.

En cuanto á vuestros aliados, si se disponen á romper unos con otros, os toca á vos intervenir como mediador. Con eso lograis mas sólida y segura fama que la de los conquistadores: ganais el amor y respeto de los estranjeros, los cuales os necesitan, y reinais en sus estados por la confianza, como reinais en el vuestro por la autoridad: venís á ser el depositario de los secretos, el árbitro de los tratados, el dueño de los corazones: vuestra reputacion vuela hasta los paises mas remotos: vuestro nombre es como una fragancia deliciosa que se exhala de region en region hasta los pueblos mas lejanos. En tal situacion, si una nacion vecina os acomete contra las reglas de la justicia, os encuentra aguerrido, preparado; y, lo que es de mayor fuerza, os encuentra amado y socorrido; todos vuestros vecinos se arman en vuestro favor, persuadidos de que vuestra conservacion forma la seguridad pública. Hé ahí una barrera mas firme que todas las murallas de las ciudades y todas las plazas mejor fortificadas: hé ahí la verdadera gloria. Pero ¡cuán pocos reyes hay que la sepan buscar, y no se alejen de ella! Los mas corren en pos de una sombra engañosa, y dejan detras de sí el honor verdadero, por falta de conocerle.

Despues que Mentor se hubo esplicado así, Filocles le miraba lleno admiracion; de él volvia la vista al rey, y se regocijaba de ver con que agilidad recogia Idomeneo en el

fondo de su corazon cuantas palabras salian como un rio de sabiduría de la boca de aquel estranjero.

De ese modo Minerva, bajo la figura de Mentor, establecia en Salento todas las leyes mejores, y los principios mas útiles de gobierno, ménos para que floreciera el reino de Idomeneo, que para señalar á Telémaco, cuando volviese, un ejemplo sensible de lo que un gobierno sabio puede hacer, para labrar la felicidad de los pueblos y dar á un buen rey gloria duradera.

LIBRO XV.

Telemaco en el campo de los aliados se gana la inclinacion de Filoctetes, mal dispuesto al principio contra él por causa de Ulises su padre. Filoctetes le refiere sus aventuras, en que menciona las particularidades de la muerte de Hércules, causada por la túnica envenenada que el centauro Neso habia dado á Deyanira. Explícale cómo obtuvo de aquel héroe las fatales flechas, sin las cuales hubiera sido imposible tomar la ciudad de Troya; cómo fué castigado por haber faltado al secreto con todos los males que padeció en la isla de Lemnos; cómo Ulises se valió de Neoptolemo para decidirle á ir al sitio de Troya, en donde le curaron sus heridas los hijos de Esculapio.

Entre tanto Telémaco mostraba su valor en los peligros de la guerra. Desde su salida de Salento procuró granjearse el afecto de aquellos viejos capitanes cuya reputacion y esperiencia habian llegado á lo mas alto. Nestor, que le habia visto ya en Pilos, y que habia querido siempre á Ulises, le trataba como si fuera su propio hijo. Instruíale, apoyando sus lecciones en diversos ejemplos; le contaba todas las aventuras de su mocedad, y todo lo que habia visto hacer de mas notable á los héroes de la edad pasada. La memoria de este sabio anciano, que habia vivido tres edades de hombre, era como una historia de los tiempos antiguos grabada en mármol y bronce.

Filocles no tuvo desde luego la misma inclinacion á Telémaco que Nestor: el odio que habia alimentado en su corazon contra Ulises, le alejaba del hijo, y le era imposible ver sin amargura todo lo que al parecer preparaban los dio-